



Angel Rama: —Reconociendo la natural turbulencia caraqueña y viendo la hora del reloj, creo que realmente agradeceremos todos (incluyéndome a mí mismo) que sea muy breve. Recordaba yo, mientras los otros conversaban sobre novelistas y críticos, aquel dicho de Gaetán Picón que usó como título de un excelente trabajo: "El escritor y su sombra". Efectivamente, el escritor va siempre acompañado muy de cerca por esa sombra difícil de abandonar, contra la cual se rebela muchas veces, a la cual observa otras, entre despectivo e intrigado. En verdad creo que a lo largo de la historia el escritor y su sombra (el escritor y su crítico) no se han separado nunca y han funcionado siempre en una relación que supera las dificultades, los problemas y las asperezas que son incluso naturales en el ejercicio literario. Esa relación ha sido, sin duda, propicia y beneficiosa. El crítico ha cumplido de esa manera una doble función. En primer término ésta, que es la mayor: la intermediación, la de estar vinculado al público y dirigirse a él, la de contribuir así a la tarea de di-

lucidación, explicación y análisis de las obras literarias. Pero, por otra parte, existe igualmente una labor de contribución y colaboración en la creación literaria, en la obra narrativa y en la obra poética. Y creo en última instancia que ambas funciones son simplemente parte de un proceso mucho más grande que es el proceso de creación y desarrollo de una cultura original, auténtica y profunda.

Para el cumplimiento de ese proceso no basta con uno ni con muchos novelistas. Se necesitan también muchos críticos y se necesitan, desde luego, lectores. Se necesita toda una pléyade de lectores que formen el aparato rico, completo, hermoso de la cultura. Sin ellos no sería posible, porque el funcionamiento de la gran creación artística exige indispensablemente la contribución de una muchedumbre. Y la verdad es que nosotros estamos hablando para un pequeño conjunto de hombres, para estrictas minorías. Cuando se habla de la importancia que ha adquirido nuestra novelística en los últimos diez años, cuando se pregona la pluralidad de los lectores y las tiradas de los diez mil, quince mil o veinte mil ejemplares, se dice la verdad, pero se dice muy poco, o se dice casi nada. Efectivamente, es posible que los escritores de 1910 no hicieran ediciones sino de tres mil ejemplares, pero es el caso que en 1967 equivale exactamente a lo mismo cuando se llega a los veinte mil ejemplares. Esas cifras revelan que en América Latina las dificultades y los problemas de la realización de la cultura son inmensos y que no se resuelven de ninguna manera si se confina al plano en que hoy nos preocupamos: el del agudo análisis literario o la admirable creación estética. En el momento actual somos aproximadamente 200 millones de hombres, a fines de siglo seremos 600 millones de hombres, y poquísimos de esos hombres —la ínfima minoría— han ascendido al campo de la cultura. América Latina sigue siendo el continente que se nos presenta a través de sus novelas con el rostro lacerado. Este continente de miseria, de analfabetismo, de desgracia, de horror, de dictaduras, de extorsión, de exacción imperial, este continente ultrajado, este continente en el cual los problemas parecen tan inmensos que muchas veces los hombres se rinden y dicen: "Basta. No podemos seguir así". Pero no es simplemente una expresión de desaliento. Creo que América Latina es también un continente que ha dicho "Basta" en una forma mucho más dura, mucho más fuerte, mucho más decidida. Volviendo a los escritores latinoamericanos diremos que ellos expresan y muestran ese rostro lacerado de sus pueblos. Cuando se lee esa serie de acontecimientos chisporreantes y galopantes que son la novela de García Márquez, o cuando se lee la historia o infrahistoria del Perú que está en "La casa verde", sentimos realmente que es un continente atroz, un mundo terrible el que se nos presenta. Y ese mundo terrible es una realidad que nos toca a todos, en primer término a los que somos más estricta e intensamente responsables por disponer del increíble privilegio que nos permite

poder leer, poder estudiar, poder disfrutar de la maravilla del arte, poder sentir el prodigio de la creación estética mientras que a nuestro alrededor la inmensa mayoría está ausente de ella. Recuerdo que cuando murió León Tolstói, Lenin escribió una página admirable. Para él era un compromiso muy difícil hablar de Tolstói, porque Tolstói, había sido el gran escritor cristiano, el hombre que había edificado una cosmodicción cristiana a través de su narrativa, y le tocaba hablar de él a un hombre que profesaba una filosofía exactamente opuesta. Sin embargo, en esa admirable página Lenin dice: "Tolstói no tiene nada que ver con nuestras ideas pero es un admirable escritor. El (Tolstói) ha entendido mejor que nadie y ha descrito mejor que nadie al mujik, al hombre real de nuestros campos. El se ha acercado profundamente a ese hombre de nuestros campos y nosotros podemos hacer por él (por Tolstói) lo que quienes fueron sus contemporáneos no pudieron o no quisieron hacer: darle a su obra millones de lectores". Y al cumplir Lenin su palabra, son millones de hombres en el mundo entero los que leen hoy a Tolstói.

Cuando uno se enfrenta al panorama de América Latina comprende igualmente que este continente tan viejo y con tan viejos problemas, es al mismo tiempo un continente de increíble juventud. De sesenta millones de brasileños, el 50 por ciento son menores de 25 años. A esos jóvenes de América Latina, hombres que harán el mañana, hombres que llegarán al fin del siglo, a ellos les corresponde hacer la nueva América Latina que todos queremos y necesitamos. Creo que la función del escritor no es solamente escribir, ni es solamente mostrar este mundo para los ojos de hoy, sino mostrarlo para los ojos de mañana, entregarlo a los jóvenes de hoy (a los hombres de mañana) en su plenitud, en su totalidad, en su complejidad, en toda su riqueza única e intrasferible. En cuanto a la labor de la crítica, me parece más urgente y necesaria que nunca en un momento como éste de mayor confusión de valores. En un momento en que se acumulan los problemas, la tarea de discernir, de ver con claridad, de comprender y analizar, de ser auténtico, de ser responsable, de ser humilde servidor de una comunidad y trabajar para ella, esa tarea es nuestra misión más elevada.

Decía Mairana alguna vez que ya llegaría el momento en que los novedosos apedrearán a los originales. Y a lo mejor también estamos viviendo ese momento. Y por ello es hoy más necesario que nunca no pensar exclusivamente en los grandes centros del mundo, en los cuales se da de nuestros países la visión que a esos grandes centros corresponde, sino dar nuestra propia visión de nuestros países y expresar ese concepto en el nivel de la más total sinceridad y autenticidad. Y esa grande, enorme tarea, ya no incumbe a un solo y determinado país, ya no incumbe a mi pequeño Uruguay, ni a Venezuela, sino al continente entero. Nos abruma

la sensación de que hemos sido balcanizados, divididos, fragmentados, separados, pero la verdad es que ha sido un poco en vano, porque seguimos siendo un solo continente. Seguimos siendo una extraña familia. Yo me entiendo con la gente aquí en Caracas como me entiendo en mi Montevideo, sobre todo con quienes piensan como nosotros sobre el destino de nuestro mundo. Y esa tarea común la están realizando también los novelistas, los novelistas hispanoamericanos actuales que tratan de romper las barreras territoriales que mencionaba Fernando Alegría y llegar con su palabra a todos lados. Son ellos partícipes de esta causa común, están ellos realizando una integración y una unidad cultural auténticas, más importantes que muchas otras unidades y otras integraciones de las cuales se habla frecuentemente. Creo que en esa tarea el crítico es parte, como el novelista es parte, como todos ustedes, público que me escucha, son parte. Es decir, que estamos todos frente a nuestra tarea histórica. Muchas gracias.